

blo." Fundado en el exacto y oportuno dictámen de dos escritores semejantes, y habiendo por otra parte reunido todo lo concerniente á este punto en la primera parte del Apéndice, á él remito antes de entrar en la historia de la conquista á aquellos de mis lectores que estén muy interesados en la discusión.

ZOTA.—Para mi intención terminar esta introducción con una investigación sobre el origen de la civilización mexicana. Pero "las cuestiones relativas al origen de los habitantes de un continente no pertenecen," dice Humboldt, "al dominio de la historia, y puzá más á la de la filosofía." Dávo la dicho que "para la mayoría de los lectores ofrece escaso interés el origen y antigüedades de un pue-

## LIBRO SEGUNDO.

## CAPITULO I.

España bajo Carlos V.—Progresos de los descubrimientos.—Política colonial.

Conquista de Cuba.—Expediciones á Yucatan.

(1516.—1518.)

A principios del siglo XVI, España ocupaba tal vez el lugar mas prominente en el teatro de Europa. Los numerosos Estados en que habia estado dividida por tanto tiempo, se habian refundido en una sola monarquía. La media luna que habia reinado allí durante ocho siglos, fué arrojada á los confines de la monarquía: la autoridad de la corona no hacia sombra como en los últimos tiempos, á las clases inferiores del Estado: el pueblo gozaba del inestimable privilegio de la representación política, y lo ejercia con varonil independencia. La nacion podria haber

llegado á un grado tan alto de libertad constitucional como cualquiera otra de aquella época. Bajo un sistema de benéficas leyes sabiamente administradas, se afianzó la seguridad doméstica, se estableció el crédito público, florecían el comercio, la industria y aun las artes mas elegantes, entretanto que una educacion elevada hacia brotar los primeros pimpollos de esa bella literatura de que tan abundante cosecha se recogió á fines del siglo. Las armas, ocupadas en gloriosas empresas fuera del reino, dejaban á este florecer en paz. La España se encontró de repente dueña de vastas posesiones en Europa y en Africa, mientras que otro mundo trasatlántico deramaba en su seno tesoros de incontable riqueza y le abria un campo inmenso y apropiado á gloriosas empresas.

Tal era el estado de la monarquía española al terminar el largo y glorioso reinado de Fernando é Isabel, cuando pasó el cetro en 23 de Enero de 1516, á manos de su hija Juana, ó mejor dicho, de su nieto Carlos V, que es quien únicamente gobernó la monarquía durante la larga é imbecil vida de su desventurada madre. Durante los dos años siguientes á la muerte de Fernando, desempeñó la regencia por ausencia de Carlos, el cardenal Jiménez, hombre intrépido, hábil y capaz de acometer grandes empresas, pero cuyo orgullo y altivez le hacian no pararse en los medios de cumplir sus designios. Su administra-

cion fué, no obstante la rectitud de sus intenciones, funesta á la libertad constitucional, porque él holló las formas legales, y el respeto á las formas legales es un elemento indispensable á la libertad. Pero Jiménez con todo y sus defectos, era español, y su corazon no anhelaba mas que por el bien de España.

Muy de otra manera aconteció cuando el advenimiento de Carlos, quien despues de una larga ausencia, se encontró extranjero en la tierra de sus padres. (Noviembre de 1517.) Sus modales, sus simpatías y aun su lengua (pues que hablaba difícilmente el castellano) todo era en el extranjero. Conocía poco á su pueblo, su carácter é instituciones, y cuidó todavia menos de respetar todo esto. Su carácter, naturalmente reservado, le retraía de ese trato libre y franco que pudiera haber corregido, á lo menos hasta cierto punto, los errores de su primera educacion. En todo era, pues, un extranjero: así es que se entregó dócilmente á discrecion de sus consejeros flamencos, lo cual dió muy malos agüeros de su futura grandeza.

Cuando entró en Castilla, vino acompañado de un enjambre de sycófantes cortesaños, los cuales procuraron á manera de zánganos, colocarse en todos los empleos honoríficos y productivos que encontraron en el reino. Un flamenco fué nombrado Gran Chanciller de Castilla; otro flamenco, Arzobispo de Toledo; llegando á atreverse aun á profanar el san-

tuario de las Cortes, mezclándose en sus deliberaciones. Este cuerpo no se sometió por mucho tiempo á semejante usurpacion, y su indignacion estalló cual sentaba á los representantes de un pueblo libre.<sup>1</sup>

La conducta de Carlos, tan diferente de aquella á que estaban acostumbrados los españoles bajo el benigno gobierno de Fernando é Isabel, enajenó á aquel todos los corazones. Como su carácter empezó á suscitar sospechas, lejos de encontrar esas demostraciones de lealtad que por lo comun acompañan el advenimiento de un nuevo y jóven monarca, él no encontró por todas partes mas que desafecto y descontento. En Castilla y posteriormente en Aragon, Cataluña y Valencia, los comunes vacilaron en conferirle el título de rey mientras vivió su madre, y cuando eventualmente se arregló este punto y unieron sus nombres al de los dominios del soberano, accedieron con gran disgusto á las peticiones que les

<sup>1</sup> El siguiente pasaje, uno entre muchos, sacado del fiel espejo de aquella época, la correspondencia de Péter Martyr, prueba sobradamente la intemperancia, avaricia é intolerable arrogancia de los flamencos. El testimonio no puede ser mejor, pues viene de uno que, aunque entonces residia en España, no era español. «Crumenas auro fulcire inhiant; huic uni studio invigilant. Nec detrectat juvenis Rex. Farcit quaquumque posse datur; non satiat tamen. Quæ, qualisve sit gens hæc depingere adhuc nescio. Insufflat vulgus hic in omne genus hominum, non aretoos. Minores faciunt hispanos, quam si natti essent inter eorum cloacas. Rogiunt jam Hispani, labra mordent, submurmurant tacti, fatorum vices tales esse conqueruntur quod ipsi domitores regnorum ita floccifiant ab his quorum Deus unicus (subrege temperato) Bachus est cum Cithæra.»—Opus Epistolarum (Amstelodami, 1610) ep. 608. *obusgell; obeloT*

hizo, y no se le concedieron sino con tales precauciones y ejerciendo tal vigilancia, que poco les quedase que esperar á los ávidos flamencos. El lenguaje de las Cortes, en tal ocasion, aunque templado y respetuoso, respira un espíritu de resuelta independencia, que tal vez no se hallará en los anales parlamentarios de ningun otro pueblo de aquel tiempo. Nada tiene de admirable que Carlos haya visto desde luego con desagrado á aquellas asambleas populares, únicos cuerpos de donde tan amargas verdades podian salir y abrirse paso hasta sus oídos.<sup>1</sup> Desgraciadamente nada influyó esto en su política, hasta que por último el disgusto que por largo tiempo habia estado reprimido en secreto, estalló en esa guerra desastrosa "de las comunidades," que sacudió al estado hasta sus íntimos fundamentos y acabó en la destruccion de las libertades públicas.

Esta dañina influencia de los extranjeros se resintió, aunque mucho menos, en la administracion de las colonias. Habíase ésta encomendado bajo el último reinado, al cuidado inmediato de los grandes tribunales, el "consejo de Indias" y la "Casa de Contratacion" ó la casa de Indias, en Sevilla. Eran

<sup>1</sup> Sin embargo, la nobleza no tardó mucho en manifestar su descontento. Cuando Carlos quiso conferir la famosa orden Borgoñana de la Flecha de Oro al conde de Benavente, este noble la rehusó altivamente, diciendo: "Soy castellano y no quiero mas honores que los de mi patria, tan buenos, á mi entender, como los de cualquiera otra parte." Sandoval, Historia y Hechos del emperador Carlos V. (Amberes, 1681) tomo 3º, pág. 103.

los principales objetos de su institucion, llevar adelante los descubrimientos, vigilar sobre los nuevos establecimientos y arreglar las disputas que en ellos se promoviesen. Pero las grandes concesiones hechas á los aventureros particulares, hicieron mas en favor de las empresas de descubrimiento, que el patronaje de la corona y sus ministros. La larga paz de que con tantas interrupciones habia gozado la España á principios del siglo XVI era muy favorable á este propósito, siéndole no menos que los caballeros cristianos que ya no podian ir á recoger laureles á los campos de Africa, ó Europa, entraron con ansia en la nueva carrera de gloria que se les ofrecia mas allá del Océano.

Nos cuesta gran trabajo á nosotros, que desde nuestra niñez conocemos los países mas remotos del globo tan familiarmente como los que tenemos á nuestro lado, nos cuesta trabajo, repito, formarnos una idea de lo que sentian los hombres del siglo XVI. Cierto es que entonces ya se habia disipado el terrible misterio que por tanto tiempo habia envuelto en su profunda oscuridad á la Europa: ya no sobre-cogia al europeo el mismo terror vago que cuando Colon arrojó su frágil y atrevida barquilla, en un oscuro é ignoto piélago; no, ya habia él encontrado un nuevo y glorioso mundo. Pero acerca del lugar en que acababa el mundo, su extension, su historia, si era continente ó isla, &c., no tenian mas que no-

ciones vagas y confusas. Muchos habia que por ciega ignorancia adoptaban el mismo error á que indujo el grande Almirante su profunda ciencia, el de creer que las nuevas tierras formaban parte del Asia; y como por entonces andaba errante el nauta por las Islas Lucayas y dirigia su carabela al traves del mar Caribe, ya se imaginaban respirando el rico aroma de las Islas Molucas en el Océano Indico. Cada nuevo descubrimiento, interpretado segun estas falsas ideas, servia para ratificarles su error ó á lo menos para hundir su espíritu en nuevas dudas.

La nueva carrera que se habia abierto, tenia todos los encantos de una aventura desesperada, en que se iban á cifrar todas las esperanzas de fama, fortuna y aun de vida. El aventurero no tenia gran certeza por cierto de alcanzar la prez que codiciaba; pero sí la tenia de alcanzar la gloria, objeto igualmente querido de su corazon caballeresco. Si llegaba á volver á su país, ya tenia que hablar de historias maravillosas, de lances peligrosos sucedidos en el extraño pueblo que acaba de visitar, de su clima abrasador, de su rica fertilidad y de su magnífica vegetacion, de la que nada de lo de su país podia dar idea ni aun aproximada. Semejantes narraciones añadian nuevos incentivos á la imaginacion ya acalorada por la lectura de los romances caballerescos, que en aquel tiempo era la favorita de los españoles. Las ficciones novelescas y los hechos reales y positivos,

obraban recíprocamente unas sobre otros, y exaltaban el alma del español hasta ese extremo de entusiasmo que le hizo arrostrar los horribles tormentos que le aguardaban en la senda de los descubrimientos. La vida de un caballero de aquellos días, era una novela puesta en acción; y la narración de sus aventuras en el Nuevo Mundo, forma una de las más memorables páginas de la historia del hombre.

Gracias á este espíritu caballeresco, los descubrimientos progresaron hasta el punto de comprender, al principio del reinado de Carlos V, desde la bahía de Honduras, á lo largo de todas las costas sinuosas de Darien y del continente de la América del Sur, hasta el Río de la Plata. La inmensa barrera del istmo había sido superada, y el océano Pacífico surcado por el valiente Núñez de Balboa, solo segundo á Colon en esta valerosa "caballería de mar." En el continente americano del norte se habían explorado las Lucayas, las Caribes y la Península de la Florida. A este último punto había llegado Sebastian Cabot en 1497, al bajar de la costa del Labrador; por manera que antes del año de 1518 en que comienza nuestra historia, ya se había descubierto casi toda la dilatada costa de ambos continentes americanos. No obstante, aun estaban ocultas á la vista del navegante las playas del golfo de México, en su extenso y recóndito circuito, y con todos los reinos que encerraban; pero había llegado ya el tiempo de su descubrimiento.

La colonización progresaba á la par de los descubrimientos. En algunas islas, en varios lugares de la Tierra Firme, y en el istmo de Darien, se habían establecido colonias bajo la vigilancia de un gobernador que hacia los oficios y tenia la dignidad de un virey. Se asignaron terrenos á los colonos para que sacasen el beneficio de sus productos; pero prestóse aun mayor atención á la azúcar de caña de las Canarias, porque la azúcar, los palos de tinte y los metales preciosos, eran casi los únicos artículos de exportación en la infancia de las colonias, que entonces todavía no habían introducido esos otros artículos del comercio con las Indias Occidentales, que en nuestros días forman la principal riqueza de aquellas. Aun los metales preciosos, penosamente extraídos de unos pocos mezquinos minerales, les habrían producido poco, á no ser por el gratuito trabajo de los indios.

Isabel había suprimido el cruel sistema de *repartimientos*, ó distribución de los indios, en clase de esclavos, entre los conquistadores; y aunque después se permitió nuevamente por el gobierno, fué con las más estrechas restricciones. Pero es imposible tolerar el crimen á medias, autorizar la injusticia y tener la esperanza de regularizarla. Las elocuentes instancias de los dominicos, que en el Nuevo Mundo se dedicaron á la buena obra de la conversión de los gentiles, con el mismo celo que habían mostrado en

Tomo I.—17.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

sus persecuciones en el Antiguo, y sobre todo las súplicas de Las-Casas, indujeron al cardenal regente, Ximenez, á enviar una comision plenamente autorizada, que averiguase los agravios y los reparase: estaba además investida de competente autoridad para inspeccionar la conducta de los magistrados civiles y corregir los abusos de la administracion. Esta extraordinaria comision estaba formada de tres frailes de San Gerónimo y de un eminente jurista; todos ellos hombres de gran sabiduría y de irrepreensible piedad.

Los tales desempeñaron su visita con la mayor imparcialidad; pero despues de largos debates llegaron á una conclusion enteramente contraria á las peticiones de Las-Casas, que insistia en la entera libertad de los indios. Las razones en que aquella conclusion se fundaba, eran principalmente: que los indios no trabajarian, á menos que no se les obligase á ello, y que si no trabajaban, no se comunicarian con los blancos y seria imposible convertirles al cristianismo. Cualquiera que sea el juicio que nosotros formamos de semejante dictámen, no tiene duda que esos argumentos eran hijos de la sinceridad, pues que la conducta ulterior de los que lo hacian, aleja de ellos toda sospecha. Al mismo tiempo que opinaban por la esclavitud de los indios, dictaban prudentes medidas destinadas á protegerles y ampararles. Pero fué en vano: aquellas gentes acostum-

bradas á pasar todos los dias en la ociosidad y la pereza, no pudieron soportar la opresion de sus señores, y la poblacion comenzó á menguar y á desaparecer mas espantosamente de lo que por otra causa desaparecieron los naturales de nuestro país. No creo necesario entrar en mas largas noticias acerca de esto, pues mi objeto fué únicamente recordar al lector el estado en que se encontraban las cosas en el Nuevo-Mundo á la sazón que acontecieron los hechos de que trata mi narracion.<sup>1</sup>

De todas las islas, la segunda que se descubrió fué Cuba; pero durante la vida de Colon, ninguna tentativa se habia hecho para fundar allí una colonia; no obstante que él, despues de haber recorrido toda su costa meridional, murió creyendo que era parte de un continente.<sup>2</sup> Al fin, en 1511, D. Diego, hijo y sucesor del Almirante y que aun desempeñaba el gobierno de la Hispaniola, viendo que las minas se habian agotado mucho, propuso que se ocupase la vecina isla de Cuba ó *Fernandina*, como se le llamó en honor del monarca español.<sup>3</sup> Aprestó una pe-

1 Me tomaré la libertad de remitir á aquellos de mis lectores que quieran conocer mas íntimamente la administracion colonial española y el estado de los descubrimientos antes de Carlos V, á mi historia del reinado de Fernando é Isabel, parte II, capítulos IX y XXVI: allí se trata este punto *in extenso*.

2 Véase el curioso documento que atestigua esto, mandado grabar de orden de Colon mismo, en la obra de Navarrete. "Coleccion de los Viajes y de Descubrimientos," (Madrid 1825) tomo II, Col. Dip. núm. 76.

3 La isla fué primeramente llamada por Colon, *Juana*, en honor